

# American Paper Exports, Inc.

## NEW YORK

En la Oficina del REPERTORIO, frente a las Alcaldías, está la Agencia de los AMERICAN PAPER EXPORTS. La asociación de los fabricantes norteamericanos de papel no es una casa comisionista interpuesta entre los fabricantes y los importadores extranjeros; apenas media para que éstos se entiendan con aquéllos.

Componen la asociación 35 fábricas de papel, las mayores de los Estados Unidos y del mundo.

La asociación suministra toda clase y calidad de papel. Por ejemplo: papel bond; papel para libros en blanco, periódicos, revistas y libros; papel para envolver, para copias, sobres, papel manila, carbón, de seda, pergamino, secante; papel para forros; cartones, cartulinas, etc.

Las muestras de estos papeles y los precios, están a la disposición de nuestros importadores en la Oficina del REPERTORIO.

de la Celestina, a Pancha, el vagabundo, a ñor Nicolás el avaro; en suma, toda una población tica de peones que vive a la sombra del cafeto como éste bajo los guamos. Y he escudriñado con cierta devota curiosidad los repliegues de su alma en busca de mi país.

¿Qué sé de todo ello? Limitaríame a declarar que ignoramos totalmente a los «patillos»; los que pretenden haberlos observado y nos mienten una «Psicología del campesino costarricense», son quizá los que más profundamente los ignoran. Aquileo, González Zeledón, García Monge, han visto, es decir, han sentido, pero no basta su obra a proyectar la visión de esta llamada tragedia. E ignorarlos es ignorarnos; ignorar la historia, desconocer la actual situación y carecer aun de un presentimiento siquiera elemental acerca del porvenir del país. Y esta ignorancia acarrea incapacidad de adiestramiento para el progreso, vale decir, incapacidad de educación y por lo mismo, de autonomía. Esa ignorancia explica, en mucho, que la actuación de los más aptos gobernantes haya sido superficial, sin arraigo en las entrañas de la nación, la cual, en un ambiente de civismo propicio a la libertad, ha podido conservar, con el ardor primitivo, la indígena sumisión al cacique. La empresa civilizadora se ata a todas las probabilidades de fracaso mientras por ignorar al país se mueva, como hasta ahora, por un impulso ciego a las reales y vivas necesidades, ciego ante los verdaderos problemas. Y el país, como sin exageración hemos dicho, lo constituyen los «patillos».

Por todo lo cual conviene insistir en la necesidad, en el deber de estudiarlos. Estudiarlos de cerca, dentro de las perspectivas de su vida, en sus hogares y faenas, en las relaciones en

que los comprende la vida pública; estudiarlos sinceramente y con ánimo de hacer historia viva, *folk-lore* dinámico, no documentación de archivo ni colección de museo, sin deformar sus hábitos y costumbres, sin exagerar o mutilar sus creencias y gustos, sin suplantarlos, ni disecar en diccionarios pedantes su lengua. Crear, vigorizar y renovar los medios de comunicación directa con el alma campesina. Dejar de imaginarla y de mentir; romper la tradición de observaciones y generalizaciones estereotipadas: todo aquello, tan vacío, de «nuestro pueblo», adjetivado al capricho de interesados y momentáneos entusiasmos. Todo eso es literatura de Congreso y de «editorial», que es decir, por lo común, lastre, peso opuesto al vuelo de las ideas, al decurso y encauzamiento de las constructoras corrientes de opinión.

Obra que concierne a los que presumen de interesarse por el bien público, a los pintores de costumbres, a los historiadores, a los que enseñan geografía e historia patrias, a los maestros, a los que pretenden hacer política de ideal, etc. En cierto modo, de preferencia a los maestros, porque a la escuela incumbe directamente la formación del espíritu cívico, y porque en una tarea de reconstrucción, lo primero sería reedificar la escuela rural, para sustituir las instituciones simuladas con que hemos venido engañándonos. Obra, además, urgente, porque no en vano esperamos oportunidades a que atribuímos la posibilidad de provocar transformaciones nacionales.

Rastrear, buscar al país en la vida del «patillo» y a éste en aquélla, — donde su sangre es la savia con que concurrimos a la florecencia de este milagroso árbol del Bien y del Mal: la Civilización.

OMAR DENGÓ

# Reflexiones de la Guerra

MUCHO tiempo hace ya que viene vibrando en nuestros oídos instante por instante, la palabra guerra. La pronunciamos, y es como si de las entrañas de la tierra salieran ondulantes llamas de fuego; tal es la tragedia que se hospeda en este término infernal.

A pesar de lo alejados que estamos del torrente devastador de las batallas, no han carecido ni un sólo instante nuestros corazones del tósigo agudo del dolor, que allá tiene por dominios originarios los corazones de cien millones de seres. La sangre roja que ha dejado de ondular en las arterias del soldado, de la mujer, del niño, ha salido con ímpetu bastante para alcanzar a nuestras vidas distantes e impregnarlas de la fuerza del martirio. Ah! la vena estaba tensa y henchida cuando la esponjó la vibración espantosa de la granada o el roce cortante de la bala, y la sangre manchó el propio círculo del Sol! Porque esto que pareciera mera expresión ahuecada de un sentimiento juvenil es la más pura realidad en el mundo que gime espantado y dolorido. ¿No escuchamos acaso que de multitud de regiones del planeta nos llega la queja de que las cosechas se han perdido por lo prolongado e intenso del invierno; de que las enfermedades hacen estragos; de que las lluvias arreciaron como nunca y devastaron los poblados?

«Esto no se ha visto nunca,» exclamamos desconsolados, y en exclamación tan sencilla expresamos la ruptura de la monotonía del Universo.

Nada huye al influjo mágico que ha empezado a circular; hombres, mujeres, niños, plantas, animales, todo se agita en una trascendental renovación. Es menester que sepamos lo bienhechor que es el martirio de la guerra, para ser capaces de abrir hasta el poro más recóndito del alma a fin de que la poderosa bondad despertada por el fragor de las batallas penetre sutilmente y se acurruque como hilo de luz. Duro es comprender que de un mal tan grande como esta guerra pueda resultar un bien repleto de vigor. ¿Qué bien nos va a venir con tantas hambres, con tantas necesidades, con tantos sufrimientos, con tantas privaciones, con tantas muertes? Si la guerra nos ha mutilado tanto que casi carecemos de fuerzas para levantarnos otra vez nutridos de energías... Ah! que «jamás al espíritu se dijo, eres polvo y al polvo tornarás». Este anatema fatal fué pronunciado para el